

Recepción de la literatura infantil en la escuela colombiana

No se ha terminado de discutir sobre los múltiples problemas y limitaciones que atraviesa la literatura infantil y juvenil colombiana, de sus autores y autoras, del reiterado bajo nivel estético y creativo que atraviesa, de los líos con las editoriales que prefieren publicar escritores extranjeros de dudosa calidad o los refritos nuestros, de la carencia de crítica literaria especializada en analizar los libros que se producen para nuestros niños y adolescentes, cuando otro asunto se introduce en el debate: la escuela.

Fea, anárquica, represiva, aburrida. Esta escuela en donde: “Uno más uno siempre son dos; allí la patria es soberana; cada sujeto tiene su predicado; vinimos al mundo para nacer, crecer, reproducimos y morir; haciendo ejercicios no seremos gorditos; en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo que no me hayan echado en la lonchera mermelada de piña que la odio”. En efecto, la escuela colombiana no tiene el perfil de un hada hermosa, surrealista, atrevida como aquellas inventadas por la escritora brasileña Marina Colasanti. Más bien parece una bruja, pero ni siquiera como las brujas maravillosas de Chris Van Allsburg o de Roald Dahl. Simplemente es eso: una bruja pobre, tercermundista, mal hablada. Desdentada, con su sombrero roto, hambrienta y siempre gritando, asustando... La escuela: una bruja. Pero es nuestra escuela. Nuestra bruja. De ella y de su relación con la lectura, “con los libros de literatura infantil”, trata este artículo.

No se ha elaborado en Colombia una investigación detallada y que empíricamente evalúe en todas las regiones el tema “Literatura infantil colombiana y escuela”. Es decir, todavía no estamos en capacidad de responder a preguntas como: ¿Qué libros están leyendo nuestros niños y niñas en la escuela? ¿Bajo qué criterios los maestros y maestras escogen los libros que leen sus alumnos en la educación básica primaria y secundaria? ¿Cuáles son los autores más leídos? ¿Qué objetivos persiguen los docentes con la lectura de esos libros? ¿Cuál es la relación entre el proceso de construcción inicial de la lengua escrita y

el uso funcional de la literatura infantil? ¿Qué opinan los docentes de la literatura infantil colombiana?, y un sinnúmero de preguntas al respecto.

Es paradójico, pero el libro de literatura infantil en la escuela sufre diversas mutaciones y filtraciones, la gran mayoría negativas, como veremos más adelante. Se dirá que la escuela es un ámbito conflictivo para la recepción de esa clase de libros, pero es su ámbito natural. Allí se “lee”, se estudia la realidad durante seis u ocho horas diarias. Lo curioso “y grave” es que el hecho estético pueda generar tal cantidad de “monstruos”. Un libro fabuloso de *gremlins* y hadas puede acabar convertido en una previa evaluativa, el poema en obligación de recitarlo en una izada de bandera y un cuento fantástico en ocasión para hacer un frío instrumento de comprensión de lectura, entre otros problemas. ¿Qué pensar entonces? ¿Por qué sucede esto?

A continuación se hará un diagnóstico del problema “literatura infantil colombiana en la escuela”, necesariamente provisional. Se enumerarán los problemas. Los resultados sólo pueden ser vistos como hipótesis de trabajo.

- **El nacionalismo pertinaz.** “Colombia tiene una literatura infantil lindísima. Rescatémosla”. Bajo este inocente eslogan expuesto por un profesor o profesora en un aula cualquiera de alguno de nuestros colegios se puede esconder otro más peligroso: “La literatura infantil colombiana es muy buena. Desechemos la extranjera”. Aquí, en la escogencia de obras y autores, no juegan un papel decisivo las categorías estético-literarias, sino el chovinismo nacionalista. Ignorancia en estado puro. Estas exclusiones esconden un ánimo fanaticoide, anticosmopolita, de creer que lo propio es bueno porque es “de la tierra” y hay que divulgarlo. He visto con palpitante incomodidad y preocupación cómo profesores de primaria indicaban a sus estudiantes leer, exclusivamente, libros de Rafael Pombo, Fernando Soto Aparicio o de los banales Hernando García Mejía o de Lobo Amaya porque son antioqueños, boyacenses o de “los nues-

tros” y prescindían de escoger libros de alta calidad y que se hallan en el mercado nacional como los de la brasilera Lygia Bojunga o la austriaca Christine Nöstlinger porque, como me decía agresivamente una maestra, “no hablan de nuestras cosas y no rescatan nuestros valores”. Rafael Pombo, con ese humor negro que lo caracterizaba hubiera llamado a esto “La Pombofilia” o el arte narcisista de vernos bellos, perfectos y autosuficientes.

- **El caso Jairo Aníbal Niño.** Niño, sin duda alguna, constituye un momento significativo de la literatura infantil colombiana contemporánea. Libros como *Zoro* o *La alegría de querer* fundaron una sensibilidad, un modo de contemplar nuestro heterogéneo paisaje, la vida del colegio, el amor de la adolescencia y la visión del mundo de los adultos. Pronto Niño adquirió renombre, fue reimpresso, apareció con obsesiva frecuencia en los textos escolares, dio conferencias y talleres a diestro y siniestro, y el magisterio colombiano “en un alto porcentaje” lo adoptó como escritor infantil de cabecera. Además ganó becas y premios, y si un editor pensaba en un libro que promoviera el cuidado de los humedales o el reciclado de basuras, o en divulgar entre el público juvenil la Constitución política de Colombia o la vacuna contra la malaria, ahí, seguro, Niño estaría dispuesto a hacerlo. De un momento a otro muchos maestros querían Niño en todo. Ahitarse de Niño. Sus metáforas alambicadas, sus infantes tiernos, el folklore oral a la carta, la lucha de clases y la denuncia social entre besos y ternuras, la patria como destino, parecían hacer parte de los bienes del ámbito escolar junto al tablero, los pupitres y el celador anciano. Él, ni corto ni perezoso, satisfizo las necesidades comerciales allí donde surgieron. En consecuencia, pronto se corrompió y su literatura sufrió un deterioro progresivo. Como diría el maestro del sarcasmo, el romántico alemán Heinrich Heine, Niño “empezó a creer en sí mismo”. Hoy sus huellas son notoriamente visibles en la escuela y conozco maestros furiosamente niñistas (y eso está bien, yo soy bojunguista de dedo parado) que no soportan o son indiferentes a cualquier cuestionamiento de la obra de este autor. Lección: no te metas con Jairo Aníbal Niño o corres el riesgo de perder público o ganarte un pastelazo.

- **De cómo la comprensión de lectura mata la lectura.** El libro de literatura infantil, con frecuencia, ha sufrido el sambenito de ser instrumento en el desarrollo de la competencia comunicativa. Y desde luego que es válido utilizarlo de este modo, pero siempre preguntándose si no corre el riesgo de perder su esencia. De objeto estético puede pasar a convertirse en objeto pedagógico. De lo lúdico a lo funcional. En algún lugar de Colombia es probable que



exista una prueba de evaluación para estudiantes de quinto o sexto grado que en su encabezado diga “Comprensión de lectura del cuento *El terror de sexto B* (escrito por Yolanda Reyes)” y que en algunos de sus ítems pregunte: “Quién es la autora del cuento, cuáles son los personajes principales y secundarios de la narración, qué nos enseña esta historia, por qué Sergio Hernández tenía matrícula condicional, por qué razones no debes colocarle sobrenombres a los profesores”, etcétera. Algo del libro muere en la evaluación. Los niños, en el caso que cité, se ven en la obligación de memorizar (cosa inútil en este caso) y quedan con el gran interés de producir un nuevo texto, “los reclamos de Josette Jolibert se oyen al fondo”, dar sus opiniones, escribirle una carta a la autora, en definitiva, ser tenidos en cuenta, no ser lectores pasivos que sólo leen, reciben, oyen, pero no pueden asumir el papel de protagonistas. Y estas deudas con el libro infantil y con el lector se pagan muy caro. En el futuro el niño leerá por compromiso, por responder la comprensión de lectura; estará predispuesto y perderá naturalidad hacia la lectura gozosa que no exige nada a cambio, el más encantador de los ocios y placeres.

- **El costo de la carencia de jerarquías.** En las facultades de educación que forman los licenciados y maestros para educación básica primaria no se ense-

ña, ni se lee, ni se trabaja sistemáticamente la literatura infantil y juvenil. Y si existe dentro del currículo es una materia secundaria de relleno. Este factor ha generado múltiples problemas. De un lado impide o distorsiona la formación de criterios en la selección de obras, autores, libros según los grados, las edades y el nivel cognitivo de los estudiantes, y de preparación de estrategias constructivistas de prelectura y poslectura. De otro, convierte al maestro o maestra en potencial instrumento del dogma, de la publicidad editorial, de las modas y los best-sellers, o lo alinea al lado autodefensivo de la más deficiente literatura infantil colombiana que reseñamos antes: “lo nuestro por lo nuestro”. Al no existir elementos de contraste, crítica y análisis, el libro de literatura infantil queda a merced de extraños albedríos. De allí la necesidad de establecer si no un canon fijo (al modo delirante como lo hizo el profesor de Yale, Harold Bloom, para la literatura occidental), sí construir instrumentos de valoración de la literatura infantil colombiana en la escuela. Desde luego que lo subjetivo juega un papel fundamental y los gustos personales del profesor también cuentan. Pero es necesario matizar lo subjetivo con lo objetivo, lo interior con lo exterior, lo nacional con lo extranjero, bajo el principio educativo esencial de ofrecerles a los niños y las niñas la literatura infantil de más alta calidad estética, de mayor alcance connotativo y que les permita leer de múltiples maneras, heterogéneas y plurales, su propio mundo, la fantasía y la realidad. Por eso son necesarias las jerarquías y los órdenes estéticos. ¿Por qué insistir con *Catalino Bocachica* o las babosadas de David Sánchez Juliao o con ballenas varadas si se cuentan con los extraordinarios libros de Ivar Da Coll (la hermosa serie *Chigüiro*, *Tengo miedo*, *Hamamelis*, *Miosotis* y *el Señor Sorpresa* o *Medias dulces*), los de Irene Vasco (esa pequeña joya que es *Conjureros y sortilegios*, y la valerosa *Paso a paso*, una novela fundamental para adolescentes), los de Pilar Lozano, Clarisa Ruiz, la poética Gloria Cecilia Díaz y la ya citada Yolanda Reyes. Eso en el horizonte nacional. En el latinoamericano y universal son muchísimos los nombres, pero qué bueno sería que los niños de toda Colombia pudieran descubrir *Yo, Mónica y el monstruo* del cubano Antonio Orlando Rodríguez, los trabalenguas y poemas del también cubano David Chericacán, *La bolsa amarilla* o *Mi amigo el pintor* de ese clásico vivo que es la brasileña Lygia Bojunga, los divertidos libros de Graciela Montes, por citar apenas algunos que podemos conseguir en las bibliotecas públicas y en las especializadas para niños y jóvenes. O leer al norteamericano Arnold Lobel y a europeos como Maria Gripe, Roald Dahl, Christine Nöstlinger, Michael Ende, Chris Van Allsburg, Anthony Browne.

- **Los otros molinos de viento del libro de literatura infantil: el pedagogismo y la axiología.** Aunque el problema ya es viejo, con los progresivos cambios en las leyes educativas presentados en los últimos años en Colombia, le ha correspondido a la literatura infantil un papel que no le corresponde y no le queda bien. Las frases cliché al respecto son: “Hay que leer historias que enseñen, que dejen algo” y “¿Ese libro sí forma en valores?” ¿Por qué diablos María Elena Walsh, por poner otro de nuestros altos nombres en América Latina, tiene que enseñar algo? Sus osos consumistas, perros loquitos, vacas estudiosas, elefantes entrometidos no tienen ninguna obligación de dejarnos ningún mensaje, salvo “Ríanse, sueñen todo lo que quieran o abandónenme si les aburre”. Eso del mensaje que dejan los libros lo debe decidir el lector (incluso si quiere), no el autor. Hemos sufrido demasiados Nerudas, muchos Benedettis y tanto realismo socialista con su descarada publicidad revolucionaria, para desear que los incluyamos otra vez en los libros de literatura infantil. Igualmente sucede con los criterios axiológicos. De seguir en el plan de no leer libros violentos, de evitar aquellos donde se hace apología o se mencionan abiertamente valores como la intolerancia, el egoísmo, la pereza, o donde se utilizan palabras de grueso calibre, donde las niñas se rebelan, piensan y actúan de manera diferente a la Blanca Nieves que espera el beso del príncipe para poder existir, y los niños hacen travesuras, mienten y enfrentan a sus maestros y padres, vamos a perder la oportunidad de leer la mejor literatura infantil. Aquí, en consecuencia, no tendrían cabida historias como *Silencio niños* de Emma Wolf, *La peor señora del mundo* de Francisco Jiménez, *Los casibandidos que casi se roban el sol* de Triunfo Arciniegas, *Pelea en el parque* de Evelio Rosero, *Matilda* de Roald Dahl, *Konrad* de Christine Nöstlinger, por citar ejemplos cimeros de la literatura infantil.

- **Los peligros de la disolución del autor.** Es evidente que los niños no saben quiénes son los autores y autoras de los libros que leen. Recuerdan el título y en algunos casos hasta la editorial, pero quién los escribió, no. Y en este reflejo tienen que ver mucho los profesores y por supuesto las editoriales. Los profesores porque ellos tampoco reparan en el asunto. Parece que *Tengo miedo* o *Socaire y el capitán loco* los hubiera escrito K, Dios, la Sociedad, la Editorial Suprema y no Ivar Da Coll y Pilar Lozano (sin ánimo de ofender a nadie, traigo a cuento que un maestro recientemente escribió en un boletín de logros, que los “niños habían leído las *Fábulas* del escritor colombiano Esopo”). Las editoriales, por su parte, quieren posicionar el nombre de su empresa y no el del autor. En consecuencia los padres y los niños al

leer las listas de libros del Plan Lector de su escuela se pueden encontrar letreros descabellados del tipo: "Deben comprar y leer *La edad de oro*" de Editorial Kapeluz. ¿Cómo así, si *La edad de oro* fue escrita y dirigida por José Martí, el padre de la literatura infantil latinoamericana y tal vez nuestro más grande clásico? Tras esta actitud de desconocimiento, de simple indiferencia o de interés manipulado se impone un problema más grave: los autores no importan. Cualquiera pudo haber escrito "El astuto Pinocho" o *Momo* o alguno de los maravillosos libros que para niños se han producido a través del tiempo. No importa la nacionalidad del autor, su biografía, si le pagan sus derechos económicos o no, cómo es su risa, si tiene 40 años o se murió de un infarto o una diabetes, si su país vivía en guerra o en paz cuando el escribió sus libros tan divertidos. Bueno, todo lo que es un autor pese a Goldmann y a la crítica deconstructivista: un ser humano que escribe historias (para niños en este caso), poemas, obras de teatro, libros, como sea, un productor de felicidad, fantasía, suspenso o de pensamiento y reflexión.

- **El irrespeto a los gustos lectores del niño.** A todos los niños y niñas no les gusta lo mismo en materia de lectura. En consecuencia es necesario respetar y personalizar "al menos al comienzo del proceso lector" las lecturas. Hay algunos que se inclinarán por las historietas del corte Bart Simpson o Dragon Ball o los *picture books* de Walt Disney o Pokemon, los best-séllers de literatura de terror del tipo *Escalofríos* y, en general, libros y material escrito de carácter comercial. No es obligatorio leer libros de "alto nivel estético", porque el gusto estético se forma y educa, no se impone. En consecuencia, es necesario que profesoras y profesores conozcan las publicaciones disponibles para niños y jóvenes, y organicen su lectura a partir de los intereses, simpatías y posibilidades de los estudiantes.

- **El abuso de las técnicas de evaluación escrita de los libros infantiles y los indicadores de logros como obstáculo.** Tratando de desarrollar habilidades de escritura, paradójicamente se puede estar estimulando lo contrario: el odio hacia el acto de escribir. Previa, evaluaciones, exámenes, *quiz* suelen ser prácticas habituales de control de lectura en la escuela. Pero al constituirse en único recurso para trabajar con el libro de literatura infantil es posible que se acabe por fastidiar a los estudiantes, demostrando, de paso, incompetencia del docente al no explorar otras posibilidades de trabajo con el libro que incluyan la lectura oral y en silencio, la discusión dirigida, el juego, su escenificación en una obra de títeres, etcétera. Del mismo modo es importante llamar la atención sobre el obstáculo que en la actualidad significa la evaluación por logros implementada por el MEN a

partir de la resolución 2343/96 y una adaptación restringida de la promoción de competencias básicas ("los niños y niñas deben desarrollar competencias interpretativas, argumentativas y propositivas"). Algunos indicadores de logro se han convertido en una camisa de fuerza en el ámbito escolar que impide un trabajo a largo plazo con proyectos que involucren la cultura escrita, la formación de lectores y escritores, y en general el trabajo con el libro infantil y juvenil. Logros como el siguiente que deben alcanzar los niños de segundo grado: "El estudiante debe utilizar significativamente la lectura, la escritura y la imagen con fines lúdicos, estéticos y prácticos", aparte de descontextualizado (ni siquiera un estudiante universitario lo alcanzaría) y carente de significación real en el aula, irrespetan el desarrollo cognitivo del niño, exigen del maestro violar parámetros evaluativos y lo regresan a esquemas conductistas: o los estudiantes llegan a tal punto o no pasan la materia.

- **La carencia de mecanismos de capacitación, talleres y publicaciones que le faciliten a los docentes cualificarse en el manejo de la literatura infantil.** Desde luego que los cambios no vienen solos. Y si se desea un tratamiento más creativo del libro de literatura infantil y juvenil en la escuela, adecuado a las necesidades pedagógicas de los niños y niñas, es necesario promover políticas para alcanzar esas metas. Como toda política, ésta que se propone exige buscar acuerdos y proyectos que involucren al Estado, a la empresa privada, a las personas vinculadas al mundo del libro infantil y juvenil (escritores, editores, ilustradores, promotores de lectura, distribuidores, etcétera), y por supuesto a los docentes de todo el país, particularmente a aquellos que tienen que ver con la promoción del libro infantil.

Debería ser una política que luche y motive a los autores y creadores de literatura para niños y jóvenes, que promueva la compra masiva de sus libros para dotar a las instituciones oficiales y a las privadas de bajos recursos, que capacite a los maestros mediante talleres, seminarios y conferencias, que renueve el intercambio con escritores de otros países, aumente el número de becas y premios, y favorezca la investigación a través de entidades como la Red Prolectura y otras de carácter privado, que en medio del naufragio dejado por la violencia, el egoísmo social y la corrupción, tratan de salvar el universo creativo del niño en la escuela. ■

Carlos Sánchez Lozano
Editor, crítico literario y educador colombiano
casanchez@col.net.co
